

El tercer mandamiento

No pronuncies el nombre del Señor tu Dios a la ligera. Yo, el Señor, no tendré por inocente a quien se atreva a pronunciar mi nombre a la ligera (Éxodo 20: 7).

ORIGINALMENTE, DIOS NO SE REVELÓ con ningún nombre a su pueblo. Su designación bíblica antigua es “El o Elohim”, que significa «Dios», un nombre genérico para la deidad. Luego, Dios se reveló con nombres que enfatizaban sus atributos o características: “El Shaddai, Dios Todopoderoso; El Elyon, El Altísimo; Adonai, El Señor”.

Cuando llamó a Moisés para sacar a su pueblo de la esclavitud egipcia, se introdujo con un nuevo nombre. Este nuevo nombre aparece con cuatro consonantes: YHWH. Como el texto hebreo se escribía solo con consonantes, con el tiempo se perdió su pronunciación para proteger su santidad. Decir «Jehová», como se hizo común en castellano, es incorrecto. Debió haber sido Yahweh o Yahvé. Este nombre se considera una variante del verbo hebreo «ser», o «llegar a ser». Así que debe significar algo así como «El que es», «El que hace existir». Por eso, Dios le dijo a Moisés: «Yo Soy el que Soy». Moisés debía decir al pueblo: «Yo Soy me ha enviado a vosotros». Esto enfatizaba la eternidad de Dios. Se nos dice: «YO SOY significa una presencia eterna. El pasado, el presente y el futuro son iguales para Dios» (*A fin de conocerle*, p. 14).

Jesús aplicó esta expresión «Yo soy» a sí mismo en varias ocasiones y con distintos propósitos: «Yo soy el camino, la verdad y la vida» (Juan 14: 6). «Yo soy la puerta» (Juan 10: 7, 9). «Yo soy el buen pastor» (Juan 10: 11, 14). «Yo soy la luz del mundo» (Juan 8: 12; 12: 46). «Yo soy la vid verdadera» (Juan 15: 1, 5). «Yo soy el pan de vida» (Juan 6: 48). «Yo soy la resurrección y la vida» (Juan 11: 25). En el libro de Apocalipsis se presenta como «Yo soy el Alfa y la Omega, el Primero y el Último, el Principio y el Fin» (22: 13). Con estos títulos, Jesús decía que él era el Yahweh del Antiguo Testamento.

El nombre y la adoración

Si no te empeñas en practicar todas las palabras de esta ley, que están escritas en este libro, ni temes al Señor tu Dios, ¡nombre glorioso e imponente! (Deuteronomio 28: 58).

EN LA BIBLIA, EL NOMBRE ES UNA ALUSIÓN a la persona, a su carácter. Cuando se trata de Dios, es una referencia a la persona o carácter de Dios. Notemos estas palabras: «Y al lugar donde el Señor su Dios decida habitar llevarán todo lo que les he ordenado» (Deut. 12: 11; 14: 23; 16: 2). La expresión «para poner en él su nombre» significa «donde el Señor su Dios decida habitar». Claramente se indica que la palabra nombre se refiere a su persona.

En la Nueva Versión Internacional, la palabra Señor ocupa el lugar de Yahweh o Jehová, que es el nombre de Dios como se lo reveló a Moisés. Yahweh es el nombre del Dios del pacto con Israel. Debía ser tratado con el respeto debido. Dios es amor y misericordia, pero también es santo y justo, su carácter es glorioso e imponente.

El tercer mandamiento tiene que ver con nuestra manera de adorarle. Nos dice que nuestra adoración debe ser hecha con seriedad y reverencia. Cualquier alusión a la persona de Dios, sea que se mencione su nombre o no, debe ser con sumo respeto y reverencia. Reflexionemos en esto: «También se debería mostrar reverencia hacia el nombre de Dios. Nunca se debería pronunciar ese nombre con ligereza o indiferencia. Hasta en la oración se debería evitar su repetición frecuente o innecesaria. “Santo y temible es su nombre” (Salmo 111: 9). Los ángeles, al pronunciarlo, cubren sus rostros. ¡Con cuánta reverencia deberíamos pronunciarlo nosotros que somos caídos y pecadores!» (*La educación*, p. 238).

En algunas culturas hispanas se usa el pronombre “usted” para orar o referirse a Dios. Esta es una manera reverente de aludir al Señor. Si en estas culturas no se tutea a los padres, menos entonces al Padre que está por encima de todos, nuestro Padre Celestial.

El nombre y la fidelidad

Cuando Dios hizo su promesa a Abraham, como no tenía a nadie superior por quien jurar, juró por sí mismo (Hebreos 6: 13).

ESTE MANDAMIENTO TAMBIÉN PROHIBÍA jurar en falso. En la antigüedad, el juramento involucraba poner al Señor como testigo de lo que se afirmaba. Notemos: «Teme al Señor tu Dios y sírvele. Aférrate a él y jura solo por su nombre» (Deut. 10: 20). No decir la verdad era tomar el nombre de Dios en vano. Lo mismo si se hacía un voto sin tener la intención de cumplirlo: «No juren en mi nombre solo por jurar, ni profanen el nombre de su Dios. Yo soy el Señor» (Lev. 19: 12).

También se violaba este mandamiento si se usaba el nombre del Señor de una manera frívola o descuidada. Hoy se nos amonesta: «Deshonramos a Dios cuando mencionamos su nombre en la conversación ordinaria, cuando apelamos a él por asuntos triviales, cuando repetimos su nombre con frecuencia y sin reflexión. “Santo y terrible es su nombre” (Sal. 111: 9). Todos deberían meditar en su majestad, su pureza y su santidad, para que el corazón comprenda su exaltado carácter; y su santo nombre se pronuncie con respeto y solemnidad» (*Patriarcas y profetas*, p. 314). Inclusive cuando oramos a Dios, debiéramos tener cuidado con la forma como nos referimos a él: «Mientras oran, muchos emplean expresiones irreverentes y descuidadas que agravan al tierno Espíritu del Señor y motivan que sus peticiones no lleguen al cielo» (*Primeros escritos*, p. 70). El uso frecuente de interjecciones descuidadas, y sin pensar lo que se dice, como: «¡Dios mío!» «¡Santo Dios!», etcétera, revelan poca reverencia por la persona de Dios.

Este mandamiento también prohibía usar el nombre de Dios en forma mágica o para fines de encantamientos. Era costumbre entre los antiguos pueblos paganos invocar el nombre de sus dioses para esos fines. Aun entre los judíos, algunos usaban el nombre Yahweh, o algún modo apocopado de este, como fórmulas mágicas para expulsar demonios o sanar a personas poseídas. Se pensaba que se podía manipular a Dios. Eso era una ofensa para su nombre.

El nombre y el carácter

Por eso, adviértele al pueblo de Israel que así dice el Señor omnipotente: «Voy a actuar, pero no por ustedes sino por causa de mi santo nombre, que ustedes han profanado entre las naciones por donde han ido» (Ezequiel 36: 22).

OTRA FORMA DE TOMAR EL NOMBRE de Dios en vano se da cuando representamos mal su carácter. Cuando hacemos profesión de su nombre, pero no vivimos a la altura de lo que requiere. El sabio era sensible a esto cuando escribió: «Porque teniendo mucho, podría desconcerte y decir: “¿Y quién es el Señor?” Y teniendo poco, podría llegar a robar y deshonorar así el nombre de mi Dios» (Prov. 30: 9). En tiempos de Israel, algunos profesos adoradores de Jehová cumplían con prácticas paganas que eran una deshonra para su pretensión de ser seguidores del Dios de Israel: «No profanarás el nombre de tu Dios, entregando a tus hijos para que sean quemados como sacrificio a Moloc. Yo soy el Señor» (Lev. 18: 21). La mala representación del carácter de Dios era un tipo de blasfemia. El apóstol Pablo era consciente de que tal cosa había sucedido al pueblo de Israel: «Así está escrito: “Por causa de ustedes se blasfema el nombre de Dios entre los gentiles”» (Rom. 2:24). Por eso el apóstol recomendaba a Timoteo: «Que se aparte de la maldad todo el que invoca el nombre del Señor» (2 Tim. 2: 19).

Esta mala representación del carácter de Dios puede llevar, incluso, a que se cometa el pecado imperdonable, que es la blasfemia contra el Espíritu Santo. Nuestro Señor afirmó que los judíos blasfemaron contra el Espíritu cuando dijeron que sus milagros eran la obra de Satanás: «Por eso les digo que a todos se les podrá perdonar todo pecado y toda blasfemia, pero la blasfemia contra el Espíritu no se le perdonará a nadie. A cualquiera que pronuncie alguna palabra contra el Hijo del hombre se le perdonará, pero el que hable contra el Espíritu Santo no tendrá perdón ni en este mundo ni en el venidero» (Mat. 12: 31, 32).

El nombre y la honradez

Cuando hagas un voto a Dios, no tardes en cumplirlo, porque a Dios no le agradan los necios. Cumple tus votos (Eclesiastés 5: 4).

OTRA FORMA DE TRANSGREDIR ESTE MANDAMIENTO es hacer una promesa a Dios y no cumplirla. Cuando no se cumplían los votos, se ofendía a Dios en el antiguo Israel: «Cuando un hombre haga un voto al Señor, o bajo juramento haga un compromiso, no deberá faltar a su palabra sino que cumplirá con todo lo prometido» (Núm. 30: 2).

También quebrantamos este mandamiento cuando hacemos chistes de mal gusto que involucran a Dios, su Palabra o sus instituciones. El nombre de Dios y de Cristo no es mantenido en alto cuando se hacen tales cosas: «El tenor de la conversación sostenida en muchas reuniones sociales revela qué es lo que interesa al corazón. La conversación trivial, los chistes tontos, que solo tienen por objeto provocar risa, no representan debidamente a Cristo. Aquellos que los han expresado no estarían dispuestos a verse frente a frente con una crónica de sus palabras. Los que escuchan reciben una mala impresión, y se arroja una ofensa sobre Cristo» (*Mensajes para los jóvenes*, p. 386).

Lo transgredimos cuando adoramos a Dios con formalismo sin experimentar el verdadero amor por él: «El profesar pertenecer a Cristo sin sentir amor profundo, es mera charla, árido formalismo, gravosa y vil tarea» (*El camino a Cristo*, p. 44). El apóstol Pablo anticipaba que vendrían personas que aparentarían tener una gran piedad, pero la negarían con su actitud: «Aparentarán ser piadosos, pero su conducta desmentirá el poder de la piedad» (2 Tim. 3: 5).

Los judíos de la antigüedad eran fieles a la letra de la ley, tanto que no querían ni siquiera pronunciar el nombre de Dios, pero persiguieron y mataron en nombre de su religión a los profetas que Dios les enviaba. Lo mismo hicieron muchos así llamados cristianos, que masacraron a tantos en el nombre de la religión de Cristo. Como Jesús lo dijo: «Los expulsarán de las sinagogas; y hasta viene el día en que cualquiera que los mate pensará que le está prestando un servicio a Dios» (Juan 16: 2).

El nombre y la reverencia

Pero yo, por tu gran amor puedo entrar en tu casa; puedo postrarme reverente hacia tu santo templo (Salmo 5: 7).

EL NOMBRE DE DIOS SE TOMA EN VANO cuando somos irreverentes en la casa de Dios y en los cultos. El Señor requiere reverencia cuando estamos en su presencia: «En cambio, el Señor está en su santo templo; ¡guarde toda la tierra silencio en su presencia!» (Hab. 2: 20). A Moisés, Dios le dijo: «No te acerques más. Quitate las sandalias, porque estás pisando tierra santa» (Éxo. 3: 5). El sabio aconsejaba: «Cuando vayas a la casa de Dios, cuida tus pasos y acércate a escuchar en vez de ofrecer sacrificio de necios, que ni conciencia tienen de que hacen mal» (Ecles. 5: 1).

Bien haremos en prestar atención a estas palabras: «Debería enseñarse al niño a considerar sagrados la hora y el lugar de oración y los cultos públicos, porque Dios está en ellos. Y al manifestar reverencia en la actitud y conducta, el sentimiento que lo inspire se profundizará» (*La educación*, p. 237). «En medio de truenos y relámpagos Dios proclamó su ley a oídos de la vasta multitud. Rodeó la ocasión cuando dio la ley de una grandiosidad impresionante. Quería que el pueblo comprendiera el carácter exaltado de sus mandamientos. La gente debía aprender que todo lo relacionado con su servicio debería considerarse con la mayor reverencia» (*Cada día con Dios*, 16 de agosto). «La reverencia [...] es una gracia que debe cultivarse con cuidado. A todo niño se lo debe enseñar a manifestar verdadera reverencia hacia Dios» (*Profetas y reyes*, p. 178).

Finalmente, debemos recordar que Dios recompensará a los que respeten y honren su nombre. También debemos grabar en nuestra mente que Dios castigará a los que deshonren su carácter. Lo dijo con claridad: «Yo, el Señor, no tendré por inocente a quien se atreva a pronunciar mi nombre a la ligera» (Éxo. 20: 7). El respeto por el nombre de Dios, que es su carácter, implica una gran responsabilidad. Pero solo aprenderemos a reverenciarlo y respetarlo si comprendemos su infinita grandeza.

Día de recuerdos

Acuérdate del sábado, para consagrarlo. Trabaja seis días, y haz en ellos todo lo que tengas que hacer, pero el día séptimo será un día de reposo para honrar al Señor tu Dios (Éxodo 20: 8-10).

ESTE MANDAMIENTO NOS HACE RETROCEDER hasta la creación del mundo. Empieza con la palabra «acuérdate». Para acordarnos tenemos que hacer memoria de la creación de nuestro planeta. Después de crear nuestro mundo y todo lo que hay en él, el registro bíblico dice que Dios hizo algo excepcional: «Al llegar el séptimo día, Dios descansó porque había terminado la obra que había emprendido. El Señor bendijo el séptimo día, y lo santificó, porque en ese día descansó de toda su obra creadora» (Gén. 2: 2, 3). Es interesante que después de crear todas las cosas materiales, Dios procedió a crear algo que no es material, pero que es parte de la creación divina. Este pasaje nos dice que Dios creó el sábado. Al hacerlo, hizo otro tipo de creación, ya que el sábado es una creación en el tiempo, no en el espacio. Todas las cosas materiales son parte de la creación espacial de Dios. Pero la creación del sábado pertenece a otra dimensión, la del tiempo.

Pero esta creación del sábado que, valga la expresión, “es un espacio de tiempo”, fue un hecho divino fuera de lo normal. Con este acto de creación, Dios estableció el ciclo semanal. Todos los otros parámetros del tiempo con los que el ser humano se relacionaría tendrían una explicación natural. El año es el resultado del movimiento de la Tierra alrededor del Sol. El mes lo es del movimiento de la Luna en torno de la Tierra (todos los pueblos de la antigüedad usaban meses lunares). El día viene del movimiento de la Tierra sobre su propio eje. Pero la semana de siete días no tiene ninguna explicación natural. No se pudo haber inventado por la observación de algún fenómeno natural. Es algo que Dios hizo en forma extraordinaria. No es ninguna maravilla que el Señor dijera siglos después, «acuérdate».